La fábrica de huesos

Adan Medellín

Durante años, vendió cuerpos a hospitales, museos y universidades, averiguó Moore. Entonces no era fácil conseguir osamentas y cadáveres, y la ciencia estaba orgullosa de pagar una suma decente a un tipo respetable, y no a un huidizo profanador de tumbas.

El doctor había sido un niño metódico y silencioso. Tenía una habilidad innata para la disección, que practicaba en secreto con pequeños animales. Sus manos delicadas ganaban una firmeza inesperada abriendo en canal a un anfibio. Quizás por eso a la familia le pareció tan normal que se convirtiera en médico y prosperara. Ejerció la cátedra de anatomía y luego heredó una casona familiar pobiada de historias y esplendores nostálgicos, que acondicionó exhaustivamente como hotel.



Chicago albergaba la Exposición Mundial y bullía de turistas. El doctor poseía el hospedaje más popular de aquellos años. La fachada gótica y los interiores lujosos, con mueblerla de maderas olorosas, barnizados juegos de té y losas de cerámica lo distinguían. Las buenas rentas le permitieron comprar toda la manzana y abrió locales anexos que fascinaban a los huéspedes: cafeterlas, una tienda de tabaco, boutiques y ultramarinos. Por las tardes, el dueño se sentaba en el vestibulo y saludaba amablemente a los huéspedes que se divertían en su salón.



Pero extrañas denuncias llegaron a la oficina del detective Moore. Muchos clientes del hotel no volvían a sus barcos al terminar las flestas; o escribían sólo a sus familiares y amigos para pedir nuevos giros de dinero, sin precisar su retorno. Lo mismo sucedía con gente de pueblos vecinos. Desaparecían de la faz de la tierra.

Moore anotó perfiles, entrevistó a los trabajadores del lago y las carpas de diversiones, pero la gente no recordaba sospechosos. Había demasiados rostros de lugares distintos en aquellos días. Seres de todas las procedencias venían en busca de trabajo o entretenimiento. Todos eran recién llegados, figuras efimeras. Los informantes estaban distraídos en la feria o alcoholizados, bajo el ritmo salvaje del hoochie coochie. Entretanto, el médico entregaba más osamentas limpias, pulidas, sin un gramo de piel o pellejo.

La fábrica de huesos funcionó segura y eficiente hasta que el azar provocó un incendio en el depósito de carbón que debió ser atendido como emergencia. Con la entrada de los bomberos, el laboratorio secreto se reveló al asombro general mesas de disección, sierras, tinajas de ácido sulfúrico, vendas, botellas de sangre y pacas de cabello divididas por colores, frascos con órganos y alcanfores.

Moore investigó y teorizó las primeras conexiones. Los cortes eran limpios,
obra de un especialista. Los instrumentos poseían un filo suave, preciso, quirurgico. Buscó al doctor, pero el hombre
había escapado entre el desconcierto, culpando de los crimenes a los empleados
de aquel sótano macabro. El detective
entrevistó a los familiares. El doctor no tenia novia ni amigos íntimos. Toda la gente parecía conocerlo, pero nadie poseía
informes relevantes. No había rastro. ¿Se
había embarcado a Europa? ¿Al desierto
mexicano? ¿O acaso, avergonzado de
sus crimenes, se había dado un tiro en

En su investigación, Moore no descartaba hipótesis, pero tampoco se fiaba. El doctor había sido frío y cerebral. durante años. Le gustaba matar. Posela oscuras dotes de construcción. Moore buscó en universidades, en consultorios recientes. El doctor tenía notables habilidades manuales. Moore visitó talleres, fábricas, astilleros portuarios. Pero pese a las presiones periodísticas y populares, no pudieron hallar al médico y sólo congelaron gran parte de sus cuentas. Abrumados por otros crimenes, sin seguimiento ni avances técnicos, el caso engrosó los archivos policiacos. Aunque asignado a nuevas pesquisas, Moore repasó los hechos, cotejó sus notas, jamás olvidó aquel salón sangriento.

un páramo remoto?





Una tarde de verano, décadas después, un viejo frágil en Texas oyó golpes en su puerta. Lo acusaban de cobrar cheques a nombre de personas fallecidas tiempo atrás, en otros estados del país. El anciano era el empleado más silencioso e irrelevante de su oficina desde su contratación; a veces aparecla con baratijas y anillos que vendía entre sus compañeros. Tenían buen aspecto y nádie inquiria por su costo accesible.

La casa del viejo era sencilla, pero cada rincón posela detalles que revelaban finura. Acuarelas marinas, pequeñas cerámicas, un juego de té. En la mesa de su recámara, los policías observaron la réplica puntual de un edificio.

El viejo había reproducido en escala su máximo proyecto. Dentro de la esplendorosa fachada de un hotel en miniatura, espejos falsos permitlan el espionaje; trampas y enormes túneles conectaban los cuartos con un laboratorio. Envenenados por tubos de gas bajo el parquet, o atontados por las drogas servidas en el café o los pastelillos, los huéspedes descendían inconscientes, como un postre por el tracto digestivo, hasta llegar al carro de lavandería, donde su asesino aguardaba.

Los viejos caballeros tenían relojes o joyas que podían colocarse en los mercados de pulgas. A veces las mujeres eran hermosas y no convenía que se fueran de este mundo sin una última caricia. Había un homo crematorio y tinajas. Se habían consumado unos 50 asesinatos en el hotel del doctor, reproducido con salvaje exactitud en hueso humano.

Pero eso sólo lo supieron en Texas cuando el detective Moore, casi ciego, envejecido y memorioso, vigitante obsesivo de otra vida, bajó del tren tras un viaje que había durado tantos años, se sentó en la comandancia y les contó de las terribles noches de Chicago.